

La profética carta

Escribe: ADOLFO SALVI

Ciento cincuenta años se han cumplido de la fecha en que el Libertador firmara en la ciudad de Kingston el célebre documento de sagaz análisis político conocido con el nombre de *Carta de Jamaica* o *Carta profética*. Bolívar se encontraba entonces en aquel colonial territorio inglés a donde lo arrojaran las desventuras militares que nuevamente sumieran a Venezuela en la dura situación de extraño predominio, después de sufrir los pavorosos sucesos de sangre y duelo que caracterizaran el año de 1814. Blanco Fombona señala en uno de sus más atractivos trabajos históricos que el instrumento político que nos ocupa fue producido en la semana circunscrita entre el 29 de agosto y el 6 de septiembre de 1815, fecha esta última que le da encabezamiento cronológico (1). El autor del extraordinario documento se hallaba derrotado una

vez más, sujeto al amargo peregrinaje que ya había degustado en no lejanas fechas, pero entero en su ánimo y lúcido como en las grandes ocasiones en que con mente reflexiva se inclinara al análisis de las agudas cuestiones que afectaban al destino político de la América hispana. Un distinguido caballero inglés residente en aquella isla e interesado en la suerte del futuro estatal de Venezuela (2) solicita del extraordinario caudillo que se hallaba sumido en forzoso aislamiento alguna información relacionada con las más importantes cuestiones públicas americanas, a lo cual responde el aludido personaje con vívida atención, pese a la adversa disposición en que lo colocara el desafortunado desarrollo de la contienda, al frente de la que ya aparecía con indiscutibles relieves de máximo conductor y preclaro adalid.

(1) R. Blanco Fombona: *El pensamiento vivo de Bolívar*. Editorial Losada. Nota al pie de la página 176.

(2) Después de largas y difíciles labores investigativas se arribó a la conclusión, gracias al esfuerzo sostenido por el ilustre historiador monseñor doctor Nicolás Eugenio Navarro, que el destinatario de la célebre carta lo fue el caballero inglés Henry Cullen, opulento negociante con residencia en el para aquella época activo puerto jamaiquino de Falmouth. Se hace de justicia recordar que en las labores de investigación realizadas al respecto se distinguió el idóneo historiador colombiano don Guillermo Hernández de Alba, a quien son debidas las primeras y más importantes gestiones encaminadas al objeto en el que tanto empeño depositaran resaltantes figuras de la historiografía bolivariana. Monseñor Navarro ofreció en el valioso opúsculo titulado *El destinatario de la Carta de Jamaica*, editado en el año 1956, una completa e irrefutable documentación probatoria.

Prolijo se hace el análisis y aun cuando las circunstancias que lo rodeaban no representaban las más favorables para encararse a una labor cavilosa de tan encumbrada naturaleza, Bolívar se aboca a aquella tarea con singular don interpretativo de las condiciones que distinguían a cada una de las regiones que le dan forma al mundo americano. Pese a que duda ser exacto en las interpretaciones que se le solicitan, en razón de factores diversos, que incluyen tanto lo físico geográfico como lo espiritual y político, sin exclusión de lo económico y moral, que como en el caso del Perú, cual lo señalara el autor del memorable documento, país que se hallaba sujeto al dominio de dos realidades dolorosas y peligrosas, opuestas a todo régimen justo dentro de lo político y lo social, como eran el oro y los esclavos, debido a la nefítica influencia que de ambos se desprende, acuérpase a aquella tarea de tan exigente significación.

No podía Bolívar en dicho análisis dejar de expresar sus resentimientos contra la nación española, a la que juzga desnaturalizada madrestra, derivando sus quejas de cuanto la feroz guerra que se ventilaba le había permitido presenciar en el desgarrado territorio venezolano, impulsado hasta las más severas aflicciones que hicieron de sus moradores víctimas propicias de cuantas se registran en los anales de los pueblos arrojados a destructiva contienda y condenados a inverosímiles sacrificios. Su palabra suena conmovida al hacerse condenatoria: "El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia, una tierna solicitud

por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante que la inconducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía o, por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación..." (3).

Con todas sus acentuadas lumbres de tragedia y desolación se le mostraba la región nativa que acababa de abandonar, la heroica y desventurada Venezuela sobre la cual los hados adversos descargarán todos sus rencores, todos sus maleficios, todas sus devastadoras potencias. Impresionante indigencia y espantosa soledad imperaban ahora en un país que sobresalía por su belleza natural, la pujanza de los hombres y el encanto de las mujeres, que tan hondamente afectara el ánimo de los ilustres viajeros europeos que lo conocieran en los albores mismos de la cruzada emancipadora. El cuadro que ofrecía cuatro años después de bélica violencia abatía a los espíritus mejor formados, correspondiendo a la veracidad de lo asentado en aquel documento: "sus tiranos gobiernan un desierto y solo oprimen a tristes restos que escapados de la muerte alimentan una precaria existencia...". La mayor parte de los hombres había perecido y los sobrevivientes sostenían con denuedo ejemplar y contumacia semejante a la de los galos que se enfrentaran al dominio romano, su aspiración de ser libres y la decisión de no cejar en sus patrióticos propósitos.

Analiza con pupila de vastos alcances y con buída destreza de pen-

(3) Bolívar. Texto citado.

samiento la situación política que conmueve al continente, desde las divisorias lindes que se tienden entre México y Estados Unidos, hasta aquellos territorios donde se enlazan y confunden las glaciales aguas de los dos océanos que lo cercan. Repudia por inadecuado el régimen que adoptaran los gobiernos recién constituidos, y al señalar el sistema a que se acogiera Caracas muestra el rechazo que le inspira, debido al espíritu de partido que lo informara conjuntamente con el peligroso carácter con que quisieron investirlo los legisladores, de cuyas equivocadas mentes naciera la débil concepción de una república con mucho de inestable. Se detiene a parangonar el sistema creado en Venezuela con el impuesto en la Nueva Granada, donde "las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en general han conducido aquel precioso país al estado en que se ve reducido en el día", añadiendo a continuación del prolijo análisis en que se aventura, para afirmar que nadie anhela más que él ver a América estrechamente unida en el propósito de formar la más extraordinaria nación del mundo: "menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria".

Los comentarios nacidos de la genial pluma de Bolívar para dar forma a aquel profético documento, en el que con tanta claridad son juzgados los errores políticos y queda predicho el futuro de América, nos induce a pensar si su autor dejaba fluír el pesimismo al considerar equivocada la empresa que un puñado de ardorosos adalides iniciara simultáneamente en los diversos países que le conjugan forma continental. Ni escéptico ni pesimista. Solo agudo observador,

genial intérprete de un portentoso hecho que tendía a crear una constelación de repúblicas, que si defectuosas en su formación, guardaban el inconfundible sello de un superior destino que vendría a completar el cuadro político de un mundo en evolución, de una sociedad que se adscribía a nuevas concepciones y de regímenes que sobre las ruinas del pasado se incorporaban audaces y vigorosos a desempeñar una singular función de entendimiento y de equilibrio, llamada a repercutir en la mejor adopción de nuevas modalidades y al establecimiento de instituciones liberales, que si no se aproximaban a la perfectibilidad de su organización, al menos se inclinaban a satisfacer las aspiraciones colectivas consideradas de más justo requerimiento.

En un continente poblado por masas poco evolucionadas, como era la América de entonces y como continúa siéndolo, en menor grado, el sistema que los ideólogos quisieron imponer adolecía de innúmeros defectos que lo exponían a las consiguientes amenazas que de ello emanan, lo que llegó a despertar justificados sobresaltos en el sagaz espíritu del Libertador, que temía como consecuencia de aquel endeble método la aparición de las anarquías demagógicas o de las tiranías monócratas. Bolívar solicitaba con ansiedad el establecimiento de gobiernos adecuados al grado de nuestra evolución social y de nuestro nivel intelectual, que permitieran al hombre gozar de regímenes que al defenderlo de toda explotación robustecieran su capacidad ciudadana, dotándolo debidamente, de manera que al vigorizar la sociedad defendiera al Estado, hecho obra de comunes esfuerzos.

Piensa, como era natural que sucediera, en el sistema republicano, mas no el nacido de filosofías equivocadas ni de prematuros estatutos. Solicita para la república que juzgaba aplicable en América, medios eficaces de superación, afirmados en ejecutivos vigorosos, pero no abusivos. Sacudido por la experiencia que pudo obtener durante la tremenda lucha que desencadenaran los grupos representativos, intenta responder al caballero que lo inquiere, pero se desconcierta y vacila, y en lugar de ofrecer firme respuesta se interroga a sí mismo, conturbado por su pensamiento y desasosegado por el enigma que surge de sus ideas en contradicción: “¿Seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de la repú-

blica? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad sin que como a Icaro se le deshagan las alas y recaiga en el abismo?”.

Pero de entre aquel confuso mundo de conceptos contrapuestos que emergen de la pugna creada entre la doctrina y la realidad se alza firme, con sino imperturbable, la futura grandeza de América, magnificada por la libertad de los hombres y el esplendor de los hechos cumplidos.

La *Carta de Jamaica*, hecha profecía que el tiempo y los acontecimientos afirman, comienza desde entonces a fijar su lumbre sobre los largos derroteros históricos y políticos de los pueblos americanos.